

UN PAIS SIN LIBROS

● COMUNMENTE, gobernantes, técnicos y periodistas discuten los problemas del abastecimiento industrial o comercial del país, y se inquietan cuando se registra la ausencia de materias primas o productos manufacturados que se estiman vitales para el funcionamiento del país. No he visto que en esas reuniones, declaraciones o artículos se hablara del abastecimiento bibliográfico del país a pesar de tratarse de un problema grave cuyas consecuencias pueden no ser igualmente graves a corto plazo pero que son catastróficas a la larga.

A las librerías del Uruguay llegan cada mes que pasa menos libros y revistas, en particular el material técnico o de altos estudios, y en el lapso de los últimos cinco años del cual podemos hablar con detallado conocimiento hemos presenciado un agravamiento sin pausa de esta escasez bibliográfica.

Está vinculada desde luego a un problema económico pero no creo que en esas coordenadas se agote su consideración. El primer paso fue dado por el encarecimiento del libro extranjero debido a la caída de la moneda nacional. De 1955 a la fecha, por esa sola razón se ha cuadruplicado el precio de los libros. En ese mismo período se registró un encarecimiento de origen de las ediciones que, con diferencia de matices, es extensible a los mayores mercados libreros: Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Italia, España, Argentina. El cotejo de algunos precios nos permite calcular que en el período que corre desde 1955 el precio de los libros se ha multiplicado por seis, de tal modo que un libro normal, otrora de cinco pesos, vale hoy treinta pesos. La retracción del comprador se ha hecho sentir automáticamente.

Con todo, una estadística de la

Nacional señala para los dos últimos años el mantenimiento casi invariable del costo promedio de los libros, aunque fijándolo en 35,61 para libros comunes y elevándolo a 49,07 cuando se incluyen colecciones. O sea que en el último bienio no se habría registrado un aumento demasiado sensible: no es el libro que se ha encarecido, sino el comprador quien se ha empobrecido.

La consecuencia inmediata que hemos observado en una recorrida por librerías es la disminución vertiginosa del servicio de novedades y su reducción a aquellos libros —preferentemente novelas— que tienen asegurada una distribución más amplia. Los libreros ya no se arriesgan a encargar libros importantes, grandes tratados cuyo precio es elevado y que como es sabido tienen una clientela reducida. De muchos libros de precio intermedio y de especialización, se trae uno, dos, como mayor audacia cinco ejemplares.

Montevideo, cuyo universalismo cultural estuvo hecho en buena parte de una excelente comunicación con los centros productores bibliográficos, —universalismo que a pesar de sus defectos explica algunas evidentes virtudes de la organización de nuestra sociedad— se empiezo a encontrar cortado de ese mundo del cual, afanosamente se sintió o quiso sentirse participe. En algunas librerías extranjeras hemos comprobado que reciben pocos libros y que trabajan especialmente con revistas (la Librería Italiana por ejemplo) lo cual no es sólo causado por el costo de los libros y los escasos recursos del adquirente, sino además por una inclinación acentuada a seguir "informados" de un modo superficial, periodístico, sin ir a las fuentes o al tratamiento profundo de los temas.

En el momento actual Montevideo casi no recibe libros de Estados Unidos, Inglaterra, Aleman

e Italia que, en un pequeño margen fueron buenos proveedores, y que son de los más importantes centros editoriales del mundo occidental. Sigue recibiendo una cantidad de libros de Francia (más reducida que antes) y de España, pero el cotejo de la mercadería que llega con los catálogos y los índices bibliográficos nacionales demuestra que son muchos los materiales fundamentales que no se conocen aquí. Países de los que se recibía la mayoría de su producción —caso México— están desapareciendo de las vidrieras y si siquiera la totalidad de los libros del Fondo de Cultura Económica se puede obtener en la plaza.

No hay duda de que los estudiosos e investigadores han buscado la manera de obtener este material inhallable, ya sea directamente, ya sea por intermedio de las librerías mediante el servicio de

pedidos, pero no es una solución del problema, y la información bibliográfica directa que prestaban las librerías, trayendo el material, ha desaparecido. Al parecer no pasa nada grave, y el país sigue funcionando. Pero no engañarse: es un tipo de enfermedad lenta cuyos efectos se hacen sentir cuando son incurables.

No se nos ocurren soluciones, por cuanto es este un aspecto parcial de una crisis económica general cuyo punto de irradiación está lejos de los centros culturales. Desde luego que cabría esperar que las bibliotecas públicas del país se preocuparan activamente de este abastecimiento bibliográfico, sustituyendo la precariedad de recursos de los particulares. Pero para eso deberían contar con recursos y una política muy dinámica. No se debería perder tiempo en adoptar esta u otras medidas destinadas a solucionar el problema. A. R.